

## Santa Teresa

“No son los necios quienes se hacen místicos. Se necesita cierta cantidad de inteligencia e imaginación para percatare de la extraordinaria rareza y misterio del mundo en que vivimos”.

Aldous Huxley.

Santa Teresa de Avila empezó a escribir *El Castillo Interior* o *Las Moradas* el 2 de junio de 1577. Lo terminó el 29 de noviembre del mismo año, o sea poco menos de seis meses más tarde. El increíble plazo todavía se acorta por la interrupción de varias semanas a consecuencia de un viaje de Toledo a Avila, efectuado por la autora. Entonces tocaba a su fin la lucha para implantar la Reforma carmelita, entre intrigas, críticas e incomprensiones de toda clase. La Madre, quien no había realizado estudios académicos ni tampoco lecturas sistemáticas, y que no gozaba de buena salud, a la vez que redactaba su obra debía resolver los numerosos e intrincados problemas tanto de orden espiritual como material que le planteaban sus comunidades. Uno de sus hijos y discípulos era San Juan de la Cruz. Según es sabido, Las Moradas constituyen uno de los principales y no numerosos aportes del pensamiento occidental, para equipararse con el de Oriente en el ámbito de la alta mística.

Tanto en esta obra como en las restantes de Santa Teresa se evidencia, mejor que en las de cualquier otra escritora de esa época y de las restantes, el “estilo femenino”, es decir, cierta manera característica de ver y expresar las cosas. El examen de esa condición puede servir de acercamiento tanto a la autora como al libro, antes de indagar en lo que éste nos ofrece.

El estilo femenino en literatura no representa como es claro una visión intrínsecamente distinta de la masculina. Tampoco rebaja su calidad, según algunos piensan, por lo cual colocan en casillas separadas la “poesía femenina” o la “narrativa femenina”, atribuyéndoles valor relativo. Pero, aunque estamos de acuerdo en que, entre escritores y escritoras, sólo existen quienes ejecutan bien su tarea y quienes no, nada impide a las segundas poseer un acento genérico por así decirlo, el cual no distorsiona su modalidad particular. Del mismo modo que cada obra resulta impregnada de las peculiaridades de su autor respecto a época, pueblo, raza y circunstancia, ocurre con el sexo, a menos que se trate de una copia o que se pretenda voluntariamente ser neutro.

Santa Teresa, por su genio, que no podía naturalmente desenvolverse sino en perfecta libertad, es una muestra única del escribir “como mujer”. Ahora bien: ¿En qué consiste esa facultad? ¿Es posible elaborar un cuadro de sus rasgos especiales?

Simone de Beauvoir, quien, por cierto, posee un estilo literario que podría calificarse de neutro, en vida de Sartre preguntó en una ocasión al filósofo existencialista qué opinaba de la predisposición de las mujeres al autoanálisis, y si valdría la pena fomentarla en lugar de contribuir a suprimirla a causa del nuevo orden de cosas. Sartre le contestó que evidentemente era propio de la mujer y en menor escala del hombre, un conocimiento mejor de sí, más interior, más preciso, sin aclarar si esto se mantendría en el futuro. En concepto de la Beauvoir, la característica nace de la propensión femenina a la pasividad. Desprovisto el segundo sexo durante siglos de las inquietudes que demanda la acción, se inclinó sobre sí mismo, como si buscara una especie de compensación.

Lo anterior puede ser cierto o no, pero en todo caso no hay casi página salida de manos de mujer que no contenga algún testimonio autobiográfico, bien para reforzar la argumentación, como si la autora se sintiera en pie de inferioridad y tuviera que repetir a cada instante: “Mi experiencia responde por eso”, bien porque, debido a alguna razón escondida, prefiera recrear lo que ella misma ha vivido, padecido, gozado. Hasta Simone



de Beauvoir, tan liberada, no deja por eso de inclinarse permanentemente sobre su historia personal a fin de componer sus libros, igual que el resto de sus hermanas.

Ni para la autora de *El segundo sexo* ni para Sartre existe una naturaleza femenina diferenciada básicamente de la de su compañero, en lo cual, por asombrosos que parezcan, los creadores del existencialismo coinciden con uno de los postulados más específicos de la religión judeo-cristiana. Únicamente en el momento del castigo después de la caída habla el Génesis de una distinción, al decretar Dios las penas merecidas por uno y otro transgresor. La condena a Eva y a sus descendientes consistió en los dolores inherentes a la maternidad, amén de su dependencia del varón, carga que por supuesto rechazan indignadas las feministas de hoy. Por mi parte opino que cada lectora debería considerar el asunto por su propia cuenta a fin de decidir si se trata o no de la verdad, de acuerdo con su sincera experiencia.

Pero, volviendo a la Madre carmelita, hay que anotar que el siglo de oro se define no por escasez sino por abundancia de maestros espirituales. Sin embargo, según el criterio de Santa Teresa ninguno llenaba los requisitos ideales como guía de las monjas. Por ejemplo, una de las lumbreras de la época, el padre Asuna, autor de *El tercer abecedario*, libro consagrado a quienes deseaban progresar en la vía mística, recomendaba obviamente la oración, pero sin enseñar "cómo se ora". La Madre manifestó: "Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada". Y en el prólogo de *Las Moradas*: "Mejor se entienden unas mujeres con otras", con lo que marcó el objeto y el alcance de su obra, distanciada de la concebida por mente varonil en que, sumergida ésta por entero en las grandes líneas de la meta que se propone, deja escapar los detalles accesorios, en los cuales no obstante reside muchas veces su mayor interés.

De ahí puede establecerse también, para formar el catálogo de los perfiles en que coincide la producción de las mujeres, que el sentido didáctico juntamente con el acentuado realismo sellan los mejores escritos femeninos. Ambas propiedades son, como salta a la vista, inseparables de la vocación maternal, no limitada exclusivamente al plano físico sino realizada sobre todo en el espiritual. Si la santa carmelita divulgó los más elevados transportes del alma, las visiones, los éxtasis, fue por hallarse

convencida de que con ello prestaba el mayor servicio. De no ser así no se habría tomado el trabajo de poner por escrito “aquellas cosas tan difíciles”.

El tono confidencial, otro distintivo, es el espontáneo en la reformadora del Carmelo. Contribuye a aumentarlo cierta imprecisión observada en la mayoría de sus citas, inatribuible a desorganización mental o descuido en quien conocía exactamente a dónde iba y qué la empujaba.

Más bien podría achacarse a propósito deliberado de la santa, a fin de conservar un aire de charla informal a su escritura (Las Moradas, ¡una charla informal! Solo una mujer se atreve a concebir una empresa semejante), quitándole hasta la sombra de dogmatismo. Pero al desprevenido en literatura lo acecha el peligro de caer en digresiones. Santa Teresa usa y abusa de ellas, ya que, por experimentar el auténtico placer de escribir, no se preocupaba por controlar su pluma y la dejaba correr libremente sin frenos ni cortapisas. Al final de párrafos enteros que la alejaban del tema primitivo, regresaba al primero como si nada hubiera sucedido. Simplemente se había “divertido” un poco.

A las mujeres, la más sencilla conversación suele arrastrarnos con frecuencia a una especie de anarquía oral, lo que no constituye en el fondo sino una manifestación de vida y exuberancia. Si en la actualidad las dirigentes que se hallan obligadas a pronunciar piezas oratorias exigidas por los empleos que desempeñan, se valieran de textos redactados por ellas mismas, o no padecieran el complejo de imitar los modelos masculinos, seguramente nos brindarían charlas encantadoras e interminables, a menos que optaran por suprimirlas, en beneficio de la efectividad de su tarea. Pero, si lo primero, sabrían combinar indudablemente la estricta objetividad con deducciones y analogías originales y diferentes a las que prohija la mente del hombre.

La tendencia a la gradación de los matices, a fin de elaborar las tesis valiéndose de tanteos y no por medio de opiniones escuetas y tajantes —lo que en el caso de Santa Teresa no le impedía ser rotunda cuando era necesario— constituye otra condición muy suya y del resto de sus congéneres. A la monja la arrastra a la metáfora, forma favorita asimismo de la expresión femenina a través de los tiempos.



También suele atribuirse esa preferencia al mentado colonialismo intelectual, sufrido por siglos en el caso de nuestro sexo. (Para no parecer demasiado atrevidas había que disimular la manera de pensar). Pero antes de admitirlo debe recordarse que los poetas consiguen sus mayores hallazgos por equivalencias y metáforas, lo que revelaría un secreto y natural parentesco entre el estilo femenino más puro, y el poético.

Jorge Luis Borges opina de Nathaniel Hawthorne, novelista norteamericano del siglo pasado, quien se destacó por la intensidad poética de sus escritos, que "...pensaba por imágenes, por intuiciones, como suelen pensar las mujeres, no por un mecanismo dialéctico". La Madre carmelita constituye el ejemplo clásico de tal forma de pensamiento.

Habría que leerla aun cuando no fuera sino por el gusto de comprobar la facilidad con que rondan su pluma las figuras más amables y sugestivas, a fin de obtener, en un alarde pasmoso y que no se ha repetido, al menos en castellano, la expresión gráfica ciento por ciento, femenina, maternal, aplicada a la especulación abstracta. Con San Juan de la Cruz, y cada uno en su esfera, ambos son exponentes formidables de dos posiciones que se complementan: la de la mujer y la del varón. Sería difícil encontrar modelos mejores y más definidos.

(En cambio, y por un fenómeno extraño tratándose de la santa, ésta, al pasar de la prosa al plano de la poesía, y escribir versos, se vuelve conceptuosa y pierde frescura, salvo en el soneto: "No me mueve mi Dios para quererte", donde vierte sentimientos hermosamente femeninos. "Muéveme verte clavado en esa cruz y atormentado", "no me tienes qué dar porque te quiera", son exclamaciones arrancadas a un corazón de mujer. Ahí radica la mejor prueba de que la autoría de ese poema, tan discutido por los especialistas, corresponde sin embargo a Santa Teresa. Los hombres siguen el camino de los razonamientos aún en su exaltación amorosa, que no los lleva a pedir sin recompensa).

San Juan de la Cruz, al contrario de la Madre carmelita, cuando pasa de la exposición cerradamente analítica de su prosa, a las metáforas poéticas, adquiere inconmensurables gracia y transparencia.

En ocasiones, la espontaneidad y sencillez teresianas aparecen como constreñidas y atadas por la prudencia de quien no

ignora el severo escrutinio a que será sometida, situación semejante a la que frecuentemente soportamos, pese a las conquistas alcanzadas, y en mayor o menor escala, las escritoras de todos los tiempos. Es como si inconscientemente la comunidad nos exigiera mayor solvencia (quizá por nuestro rango de madres en ejercicio o potenciales), no obstante hallarnos colocadas por lo general en un plano inferior en materia de conocimientos y experiencia, al de los varones.

Pero a la monja carmelita la cautela no le impide obrar como mujer a ultranza, dueña de recursos elaborados quizá en siglos de sumisión pero al fin y al cabo útiles, por lo cual redundaría en error menospreciarlos.

Esas armas no tienen otro nombre que coquetería. Las feministas de ahora la eluden, dizque por conciencia de su dignidad que les impide solicitar como favor lo que juzgan les pertenece por derecho propio. Del mismo modo desprecian la intuición, llave maestra del misterio, capaz de prever, orientar, conectar con lo que no se conoce. Las consideran recursos femeniles del pretérito, cuando se nos mantenía lejos de la universidad y las academias.

Pero la visión maternal es demasiado ardua para no aprovechar unas y otras estrategias, las de hoy y las de siempre... Santa Teresa se queja constantemente de ser mujer y de soportar por esa razón mayores trabas que los hombres. "Y si es mujer se aflige del atamiento que le hace su natural... y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este gran Dios de las Caballerías", es una frase de suma coquetería, incrustada por la Madre como una sonrisa en uno de sus libros más densos. De la misma estirpe se cuentan por docenas en sus escritos.

En resumen, queda establecido que la introspección, el testimonio personal, la orientación didáctica, la familiaridad, la preferencia por la metáfora, el gusto por las digresiones, los rodeos, la coquetería, son los atributos del estilo femenino en literatura, del cual es exponente máximo Santa Teresa.

## — II —

Una síntesis o compendio de *El castillo interior* o *Las Moradas*, empresa que creo no se ha intentado hasta ahora, per-



mitiría quizá su difusión en círculos amplios, a los cuales correspondería pronunciarse en definitiva sobre su mayor o menor vigencia en nuestro tiempo.

Si es verdad que, al finalizar el siglo XX, se experimenta la necesidad de trascendencia hasta el punto de que la gente la busca por medio de alucinógenos perjudiciales para la salud, ¿por qué desentenderse de la mística? Lo más que un Estado moderno bien constituido y organizado puede ofrecer a las muchedumbres famélicas y ansiosas de nuestros días, no pasa de llevarlas a formar interminables filas frente a los depósitos de víveres, o los institutos de vivienda y salud. Pero los seres humanos no somos como las termitas que luchan interminablemente con el mero objeto de sobrevivir. Necesitamos sentirnos parte integrante de algo que nos sobrepase, que perdure después de nuestro fin terreno. Hay un momento en que no bastan los servicios sociales, las conquistas científicas y ni siquiera el arte o la filantropía. Una parte del ser humano no se conforma sino con lo Absoluto: Dios.

Uno de los más estupendos resultados de la enseñanza teresiana consiste en que ayuda eficazmente a contrarrestar el miedo a la muerte. Por algún motivo misterioso pero comprobable, el discípulo obtiene experimentalmente la certidumbre del más allá, traducida en fortaleza, confianza y alegría perennes. Pero es claro que para lograrlo no basta limitarse a la lectura apresurada de los textos de Santa Teresa. Del mismo modo que el estudiante de un idioma extranjero no entendería una palabra de la lección tercera de su manual, si no ha aprendido de memoria y practicado las dos precedentes, poco o nada se capta de la segunda morada, si el interesado no intenta poner por obra lo que se aconseja desde la primera.

Parece una advertencia elemental y no obstante la mayoría suele olvidarla. La monja carmelita realizó el milagro de hacer accesible a los profanos el lenguaje místico, pero a condición de cogernos de su mano y seguirla por su camino.

Fue lo que descuidó nadie menos que Ortega y Gasset, cuando dijo que después del gran trabajo demandado por la lectura de los autores místicos, al prepararse el lector a recibir la merecida recompensa a sus esfuerzos y captar la verdad cuya revelación le han ofrecido, se encuentra con la confesión de que

se trata de un conocimiento inefable y, por tanto, imposible de transmitir. Sobre este punto Aldous Huxley responde precisamente al maestro de El Escorial: “¿Cómo podían describir los místicos fenómenos enteramente distintos de la existencia conocida, en un lenguaje inventado para pintar ésta? Déle usted a un sordo la más detallada descripción verbal de la Quinta Sinfonía: no quedará muy enterado y creerá que usted está hablando puro dislate... y desde su punto de vista tendrá razón”.

### — III —

## EL CASTILLO INTERIOR O LAS MORADAS

### GLOSAS

*Moradas primeras.* EL CASTILLO, que es nuestro mundo interior, está fabricado de diamante y en él existen labrados muchos aposentos o moradas. El castillo es en realidad un cielo, pero conocerlo realmente —es decir, sus fuerzas encontradas— se halla lejos de nuestro alcance. Por eso Santa Teresa nos advierte desde el primer momento que no debemos cansarnos en intentarlo. Nunca lograremos saber cabalmente cómo somos, lo que “no es pequeña lástima y confusión”. (Aquí la Madre se separa de la mayoría de los tratadistas, quienes insisten especialmente en la necesidad del propio conocimiento. Mas la santa denota en sus palabras como un eco de la ambivalencia humana, transmitido desde San Pablo a los cristianos).

Y todavía hay más: si no nos comprendemos a nosotros mismos, desde luego que resulta una empresa que nos supera la de ensayar entender a Dios. Se trata de la premisa básica sentada por la Madre carmelita al comienzo de su obra.

Sin embargo, en la habitación principal del castillo (la séptima morada) el Señor nos revela muchos de sus secretos. Quien esto no crea “no lo verá”. (O sea, el que no acepte las dos verdades: que a pesar de sernos Dios inabarcable, nos es posible alcanzar aun en esta vida un atisbo de su plenitud).

Muchos hombres y mujeres nacen y mueren sin experimentar nunca el deseo de penetrar en el castillo. Pasan la vida en la ronda exterior, ignorantes de “qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aún qué piezas tiene”.



(La expresión: “ni aún qué piezas tiene” descubre inmediatamente a la narradora por excelencia, que aporta enseguida el detalle destinado a concretar una visión).

Después de tan somera iniciación, la santa pasa al tema fundamental: la oración. Escribe:

“Decíame poco ha un gran letrado que las almas que no tienen oración son como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene manos y pies, no los puede mandar, que así son: que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden estar dentro de sí: porque ya la costumbre la tienen tal, de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi están hechas como ellas; y con ser de natural tan ricas, y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio”.

O sea que la única puerta para ingresar en el castillo consiste en “la oración y consideración”. La Madre no concibe siquiera la existencia de la una sin que vaya acompañada de la otra. Repite: “... como sea oración ha de ser con consideración”. El simple hecho de que una persona “mucho menee los labios” no significa ni remotamente que ore.

Aquí sin embargo el principiante recibe un consuelo de parte de la santa, al decirnos que aunque algunas veces no haya consideración, a pesar de ello se aceptará la oración (reducida a menear los labios), siempre que no sea esa la manera habitual. Naturalmente no se trata de que a Dios le baste la intención, como si se conformara con ella, sino de que conoce el fondo de nuestros corazones.

A cualquiera que ore, poco o mucho, quienes lo rodean no deben constreñirlo con demasiadas reglas ni prescripciones. Si, como una abeja en su colmena, labra con sus genuinas oraciones la miel de la humildad, puede también como la abeja salir de cuando en vez a libar las flores.

Así queda sentado que la humildad constituye el primer requerimiento de la verdadera oración. La adquirimos por el conocimiento de nuestra miseria, pero si nos inspira únicamente temor resultará estéril. (Recuérdese el caso de la filosofía existencialista, en la que el análisis exhaustivo de la miseria humana conduce por paradoja a una mayor soberbia).

La auténtica humildad no se aprende sino con los ojos fijos en Cristo y en sus santos. Gracias a ella “ennoblecerse ha el entendimiento”, nunca desesperarse. Como hijos de Dios poseemos parte de su excelsitud y su grandeza a pesar de nuestra miseria. Por tanto, si se recuerda esta última han de tenerse en cuenta también las otras, única forma de ubicarse en la posición justa, ni ególatra ni masoquista. Casi podría afirmarse que obtener esta comprensión se halla fuera del alcance de cualquier otra espiritualidad distinta del cristianismo.

Es claro que a las moradas primeras “aún no llega casi nada de la luz que sale del palacio donde está el Rey”. La causa no reside en que las habitaciones se hallen “oscurecidas y negras como cuando el alma está en pecado”, sino en que junto con nosotros entraron muchas “cosas malas de culebras y víboras y cosas ponzoñosas”. Parece “como si uno entrase en una parte donde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir...”.

*Moradas segundas.* PARA PENETRAR EN las segundas moradas resulta imprescindible hacer de lado “...las cosas o negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado... que es cosa que le importa tanto para llegar a la morada principal, que si no comienza a hacer esto lo tengo por imposible, y aún estar sin mucho peligro en la que está, aunque haya entrado en el castillo...”.

En estas estancias hay más trabajo que en las anteriores aunque no tanto peligro. Mayor trabajo porque quienes entran en las primeras son como sordomudos, que no hablan porque no oyen, mientras que los segundos son como mudos “que oyesen y no pudiesen hablar”.

Dios los atrae de diferentes maneras: “...como van entrando más cerca de donde está Su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aún estándonos en nuestros pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo, y aún cayendo y levantando en pecados... con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que lo queramos y procuremos su compañía, que una vez y otra, no nos deja de llamar para que nos acerquemos a El”.

¿Cómo se efectúan esas llamadas? Santa Teresa no sería ella misma si no nos las pormenorizara. Se identifican como



las enfermedades que padecemos, los trabajos que nunca faltan, y aquellas verdades que nos iluminan en los ratos pocos o muchos consagrados a la oración. Igualmente, un buen libro o sermón, o cualquier enseñanza que nos den y nos conmueva. Si demostramos constancia, el Señor aguarda nuestra respuesta durante semanas y aún años.

En realidad, en el alma se ha creado un verdadero campo de batalla. Actúan como aliados el entendimiento, la memoria y la voluntad. “El entendimiento acude con darle a entender que no puede cobrar mejor amigo... y le dice que esté cierto que fuera de este castillo no hallará seguridad ni paz...” La memoria le pone muchas veces de presente “...la muerte de los que mucho gozaron estas cosas, que ha visto súbita; cuán presto son olvidados de todos como ha visto a algunos, que conoció en gran prosperidad, pisar debajo de la tierra...” (Un eco de las coplas de Jorge Manrique resuena en estas palabras de Santa Teresa).

En cuanto a la voluntad, es natural que se inclina “a amar a donde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar alguna...”. Sin embargo, el demonio está listo y enfila sus baterías. Trata de eternizar los contentos del mundo, y no se cansa de enumerar “... la estima en que está tenido en él, los amigos y parientes, la salud en las cosas de penitencia (que siempre comienza el alma que entra en esta morada a desear hacer algunas) y otras mil maneras de impedimentos”.

Así como para penetrar en la primera cámara el requisito *sine-qua-non* reside en la humildad, en la segunda estancia hay que aprender a conformar la propia voluntad con la de Dios, en lo que radica “toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual”.

También puede suceder sin embargo, y es bueno decirlo para evitar sorpresas amargas, que nos “...persigan malos pensamientos y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotros, y sequedades, y aún algunas veces permite (el Señor) que nos sepamos mejor guardar después y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido”.

*Moradas terceras.* EN LA EXPLICACION sobre las terceras moradas recuerda la santa Madre al mancebo del Evangelio a quien el Señor pidió la entrega de cuanto poseía, si era que de verdad deseaba ser perfecto.

Porque para morar en esta habitación no basta guardarse de los pecados graves y aún de los veniales, ni gastar bien el tiempo, ni ejercitarse en obras de caridad, ni gobernar adecuadamente la casa, cuando se tiene. No. Todo eso lo ejecuta el mancebo evangélico. Lo que se exige pura y llanamente es esa entrega total de la voluntad que ya se bosquejó en la estancia anterior. Y, además, ser capaces de hacerlo sin presunción ni vanagloria, reconociéndonos en todo momento siervos inútiles. Dios nos pagará según el amor que le demostremos.

Pero ni siquiera aquellos que, como siervos sin provecho, se desprenden de los bienes de la tierra, pueden atrincherarse en la seguridad de obrar santamente, ni mucho menos ufanarse por ello. La Madre cita el caso de muchos "...que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados de él", a quienes prueba "Su Majestad en cosas no muy grandes", con el triste resultado de verlos "...con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me traían tonta".

Y añade: "...Yo no he hallado remedio, ni lo hallo, para consolar a semejantes personas, si no es mostrar gran sentimiento de su pena... y no contradecir su razón; porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y así no acaban de entender que es imperfección".

No se detiene nuestra maestra a escudriñarse los vericuetos del autoengaño. Le basta poner el dedo en la llaga y describir algunas ocurrencias, tan comunes hoy como hace cuatrocientos años:

"Viene a una persona rica sin hijos ni para quien querer la hacienda, una falta de ella, mas no es de manera que en lo que le queda le pueda faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado. Si este anduviere con tanto desasosiego e inquietud, como si no le quedase un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle Nuestro Señor que lo deje todo por El? "Aquí entra el que lo siente porque lo quiere para los pobres". (Esa es la trampa).

Santa Teresa concluye:

"Yo creo que quiere Dios más que yo me conforme con lo que Su Majestad hace... y tenga quieta mi alma, que no esta vanidad".



Si no es por el miedo a la pobreza, el desajuste puede venir de que alguien nos desprecie, asignándonos un puesto inferior al que creemos merecer, o haciéndonos un reclamo en público. En esos momentos "...allá les queda una inquietud, que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto. ¡Válgame Dios! ¿No son estos los que ha tanto que consideran como padeció el Señor y cuán bueno es padecer, y aún lo desean?", termina preguntándose.

Todos hemos conocido reacciones semejantes, en quienes nos rodean y en nosotros mismos.

Finaliza el capítulo con la advertencia de que "no está aún el amor para sacar de razón". Solo nos vale, como al principio y como siempre, la humildad "...que es el unguento de nuestras heridas; porque, si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo, vendrá el cirujano, que es Dios, a sanarnos".

Muchos, después de posesionarse nada menos que de la tercera morada, se quedan allí, sin procurar ascender a las siguientes. El P. Charles Moeller, autor de la conocida obra *Literatura del siglo XX y cristianismo*, opina que en el camino a la santidad existen grados o clases medias, con lo cual alude a quienes se resignan definitivamente a la mediocridad. Pero como la Madre lo que desea es tentarnos a subir a los otros recintos, empieza a hablar de los contentos reservados para más adelante, "harto mayores que los podemos tener en los que dan los regalos y distraimientos de la vida". En la tercera etapa apenas se anuncian a lo lejos, como "para convidar con ver lo que pasa en las demás moradas, porque se dispongan para entrar en ellas".

A fin de garantizar la continuidad de nuestra marcha resulta muy conveniente compartir con un amigo las peripecias de la jornada. No disponer de confidente es no solo triste sino nocivo, "...porque algunas cosas, que nos parecen imposibles, viéndolas en otros tan posibles y con la suavidad que las llevan, anima mucho, y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar".

No en El Castillo interior sino en otra de sus obras, la Madre Teresa compromete su palabra sobre que, si se carece de compañero en este trance, Dios nos lo deparará, así sea haciendo bajar del cielo un ángel para que nos oiga, promesa que no puede faltar.

*Moradas Cuartas*. HASTA AQUÍ LA Santa Madre nos ha conducido por los vericuetos del castillo con la mayor prisa, quizá para estimularnos como a niños con una acumulación de premios que aumente nuestra decisión de mantenernos firmes. Pero al llegar a este punto escribe: “Para comenzar a hablar de las cuartas moradas bien he menester lo que he hecho que es encomendarme al Espíritu Santo, y suplicarle de aquí en adelante hable por mí... porque comienzan a ser cosas sobrenaturales”.

En una relación enviada por ella en 1576 al P. Rodrigo Alvarez —o sea con fecha anterior en un año a la de la conclusión de Las Moradas— aclara lo que entiende por oración sobrenatural, de la que se hablará exclusivamente en las restantes partes, así: “la primera ocasión que sentí, a mi parecer, oración sobrenatural, que llamo yo la que con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello, sí”.

En esta experiencia, según advierte, no hay cómo dárse a entender a “los que no han pasado por ello”. Sin embargo, pueden aclararse ciertos puntos.

Tanto en la cuarta como en las sucesivas moradas “pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia”. Desde luego, no faltan las tentaciones pues sin ellas “podría el demonio engañar, a vuelta de los gustos que da Dios... y no amar tanto el alma”, sino quedar “en un embobamiento ordinario”. En ese caso es posible caer en el peligro del amor pasivo, satisfecho con recibir y no devolver, remanso en el cual resulta grato sumergirse pero que anula la voluntad.

La oración sobrenatural inspira gustos, los cuales se distinguen de los contentos, según la sutil graduación establecida por Santa Teresa:

“...contentos me parece a mí se pueden llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a Nuestro Señor... nacen de la misma obra virtuosa que hacemos... y con razón nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mismos contentos tendremos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra...”



como de ver una persona que mucho amamos, de pronto; como de haber acertado en un negocio importante y cosa grande, de que todos dicen bien; como si a alguna le han dicho que ha muerto su marido, o hermano, o hijo, y lo ve venir vivo... Paréceme a mí que, así como estos contentos naturales, así en los que nos dan las cosas de Dios, sino que son de linaje más noble, aunque estotros no eran tampoco malos”.

Aquí no hay palabra perdida. Cada interrogante de cuántos se abren en la dificultosa senda de la interioridad espiritual, recibe adecuada respuesta. No cabe duda. Los gustos de Dios son más embriagantes y exquisitos que los que quedan reseñados. A fin de interpretarlos la maestra cita el salmo *Cum dilatasti cor meum*, y agrega que a los conocedores les bastan estas palabras para entender lo que va de lo uno a lo otro (de los contentos mundanos al placer divino).

Porque los primeros no ensanchan el corazón, “antes lo más ordinariamente parece aprietan un poco”, sentimiento que entre otras cosas forma la base de la inspiración de los poetas. ¿Cuál no ha dedicado sus versos a medir la inconmensurable distancia entre la realidad y el deseo, según la experimentamos los pobres mortales?

Quienes no pasan de las moradas terceras se ocupan en “discutir por el entendimiento” y es justo que así sea aunque “no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho”. En la estancia cuarta el pensamiento puede inclusive distraerse un poco, aún en la oración. Nada se pierde, puesto que no es lo mismo el pensamiento o imaginación que el entendimiento propiamente dicho, el cual ha de mantenerse empapado de Dios.

Antes de averiguar esta diferencia Santa Teresa se afligía al ver “las potencias del alma empleadas en Dios y estar recogidas en El, y por otra parte, el pensamiento alborotado”. Luego comprendió la razón, lo que le inspiró su famosa frase: “¡Oh Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por faltas de saber!”. De empeñarnos en controlar el pensamiento o imaginación y no conseguirlo es de donde brotan “las aflicciones de mucha gente que trata de oración, y el quejarse de trabajos interiores...”. Aunque la imaginación se encuentre “en el arrabal del castillo, padeciendo con mil bestias feroces y ponzoñosas”, puede ocurrir que esté el alma “por ven-

tura toda junto con El, en las moradas muy cercanas". De modo que "...ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio".

Después de entregar una contribución tan valiosa como ésta, para establecer la separación entre entendimiento y pensamiento, la santa añade: "Y así no es bien que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada: que los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán... tengamos paciencia y sufrámoslo por amor de Dios, pues estamos también sujetos a comer y dormir, sin poderlo excusar, que es harto trabajo".

Viene en este lugar, para dar idea de los gustos de Dios u oración de quietud, como también se llaman, la bella comparación de "las dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua", pero cada una de diferente modo: "el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua, y váse hinchendo sin ningún ruido... lo que viene por arcaduces es, a mi parecer, los contentos que tengo dicho que se sacan en la meditación; porque los tenemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación... y como viene, en fin, con nuestra diligencia, hace ruido".

En cambio, a la otra pila "...viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios... váse revertiendo... por todas las moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo; que, cierto, como verá quien lo hubiese probado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad". Es decir, como en otra oportunidad la santa Madre lo afirma sin reticencias y expresamente, del gozo sobrenatural "también participa el cuerpo y aún harto".

Pero esa agua solo se da "a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma". A nosotros lo único que nos corresponde ahora y siempre es poner de nuestra parte la humildad, como lo reitera la santa en los capítulos anteriores y en toda su obra.

Existe otra oración, la cual a veces se anticipa a la anterior. Santa Teresa la llama "de recogimiento".

Es igualmente sobrenatural porque tenerla sobrepasa la capacidad humana. No consiste en "estar en oscuro, ni cerrar los ojos, ni... en cosa exterior", aunque embota los sentidos



que “parece que van perdiendo de su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo”. La comparación que inmediatamente se le ocurre a la escritora para esclarecer esta parte, es gráfica y hermosísima:

“Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias (que ya he dicho que son la gente de este castillo) que se han ido fuera y andan con gente extraña... Visto ya por el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiéreles tornar a El, y como buen pastor, con un silbo tan suave, que aún casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada. Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores, en que estaban enajenados, y métense en el castillo”.

Bordeamos el estado aconsejado por muchos métodos de concentración, en el capítulo denominado “de cómo poner la mente en blanco”. Por supuesto que la Madre no olvida su punto de ironía al comentar algunos tratados muy conocidos en su época (y también en la nuestra), que ordenaban lisa y llanamente suprimir el pensamiento, a fin de poder escuchar el silbo amoroso. Dice: “...no puedo acabar de entender como se puede detener el pensamiento, de manera que no haga más daño que provecho... yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso Su Majestad límite, y las quiso dejar para Sí... Pues, ¿cómo está olvidando de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir, ni aún deja a su entendimiento y deseos que se bullan a desear la mayor gloria de Dios?”

De consiguiente, resulta perjudicial cualquier esfuerzo deliberado de nuestra parte en este sentido. No conduce sino al agotamiento. Según la monja carmelita, aquí la conducta correcta a seguir consiste sencillamente en no echar leña al fuego de la imaginación o pensamiento. Hay que procurar centrarse en el sentimiento de la presencia de Dios, pero sin violentarse lo más mínimo. Nuestra guía anota: “...que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurso del entendimiento, mas no el suspenderlo, ni el pensamiento, sino que es bien que se acuerde que está delante de Dios, y quien es este Dios...”. Y repite: “...estas cosas interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa antes daña que aprovecha. Llamo penosa cualquier fuerza que nos queramos hacer...”.

Entonces, si Dios quiere (Su Majestad, como dice ella tan unciosa y dulcemente) "...que el entendimiento cese... le da una luz... tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto". No es posible explicar mejor ni más comprensiblemente los pasos que llevan a la unión. Se trata en el fondo del mismo "Ama y haz lo que quieras" de San Agustín. Solo es necesario amar y disponerse atentamente a ver "qué obra el Señor en el alma". De grado, no por fuerza. Lo contrario constituye un error y, en resumidas cuentas, una demostración de humana soberbia.

En la oración de recogimiento, principio de la que Santa Teresa llama de quietud, se empieza naturalmente por la meditación. Uno conoce si ha penetrado en el ámbito tan ambicionado de la quietud, por los efectos o señales que surgen después:

"...se entiende claro un dilatamiento o ensanchamiento en el alma". O sea, tranquilidad y libertad que permiten "...no estar tan atado como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura". Igualmente se pierde "el temor servil al infierno, aunque le queda mayor de no ofender a Dios... el que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá Dios... El temor que solía tener a los trabajos, va más templado... y aún algunas veces los desea... como ha probado ya los gustos de Dios, ve que son una basura los del mundo; váse poco a poco apartando de ellos y es más señora de sí para hacerlo. En fin, en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás ya a hacer ofensas a Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre".

Se trata por cierto de una conclusión bastante melancólica aunque muy realista. Mientras dura la vida podemos en cualquier momento echar en olvido lo pasado por glorioso que haya sido, y caer hasta lo más bajo. Únicamente nos consuela la seguridad de que siempre es posible empezar otra vez.

Es claro que, como afirma la carmelita, "... Tampoco se entiende que de una vez o dos que haga Dios esta merced a un alma, quedan todas estas hechas (las señales), si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseverancia está todo nuestro bien".



Insistentemente recomienda Santa Teresa que quien se vea en este estado se guarde más que nada de las ocasiones de ofender a Dios. El diablo combate “más por un alma de estas que por muy muchas a quienes el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo”.

No falta otro peligro, y grave: como las almas “...sienten contento interior y caimiento en lo exterior, y una flaqueza cuando hay un sueño que llaman espiritual (en la oración de recogimiento), paréceles que es lo uno como lo otro, y déjense embebecer”. Es decir, que confunden el arrobamiento espiritual con lo que la Madre llama “embobamiento, que no es otra cosa... (sino) estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud”.

No hay mejor método para desenmascarar a “...algunas de tan flaca cabeza e imaginación, como yo las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven”, que comparar su situación con la experimentada cuando se trata verdaderamente de una gracia de Dios. Entonces “...aunque hay caimiento interior y exterior... no lo hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios; ni tampoco dura tanto, sino muy poco espacio, bien que se torna a embebecer, y en esta oración (si no es flaqueza como he dicho) no llega a tanto que derrueque el cuerpo...”.

Sin embargo, para una mirada tan perspicaz como la de la doctora de Avila, quien dejó catalogados minuciosamente desde el siglo XVI los síntomas del histerismo, colocándose por ello a la altura de los psicoanalistas contemporáneos, este paso no deja de ser azaroso. El encuentro con Dios implica en primer lugar salir de uno mismo, lo cual desdibuja como es lógico el marco de lo conocido y familia y afloja los habituales puntos de apoyo.

Si el viajero es débil puede acometerlo el vértigo. Incurrir en la bobería y el reblandecimiento, con ser lamentable, no resulta lo peor. Hay algo más terrible. El espíritu errante puede toparse con la desmesura, el desequilibrio, la enfermedad mental. Constituye el precio por perseguir lo que parece situado más allá de las posibilidades normales del ser humano.

La conclusión no es otra sino la de que no para todos se ha trazado este sendero. Así lo reitera con insistencia la autora de *Las Moradas*, citando de nuevo el gran número de santos

que vivieron consagrados a alabar a Dios y servir al prójimo, sin intentar romper las cadenas y volar al cielo antes de la hora fijada.

(Se trata, otra vez, de Marta y María. O del hijo mayor, observante estricto de sus obligaciones en la casa del Padre, en comparación con el hijo pródigo, ingrato y arrepentido, que nada posee y que por lo mismo lo consigue todo. Este último, luego de perder su herencia, retorna al hogar en cierta forma como un ladrón, empeñado en apoderarse de lo que ya no es suyo. Venturosamente para nosotros la reacción del Dueño no es vengativa sino de sorpresa tierna).

La Madre carmelita se alarga en esta morada debido a que "...es en la que más almas entran", quizá porque en ella se conjuga lo natural con lo sobrenatural, a fin de tender un puente que permita llegar a las que siguen.

*Moradas quintas.* SE REFIERE NUEVAMENTE la santa en el principio de las quintas moradas, a los bienes que encierran, los cuales no se hallan en parte distinta a nosotros mismos. Dios —escribe— "no imposibilita a ninguno a comprar sus riquezas, "con que dé cada uno lo que tuviese se contenta". Pero eso sí hay que darlo todo. Nada es posible reservarse. "Conforme a lo que entendiéreis de vos que habéis dado, se os harán mayores o menores mercedes" es la regla de oro que no falla.

En la quinta cámara, al aproximarse por fin la unión plena, cesa el miedo a que importunen los "pensamientillos" procedentes de la imaginación. Se ha superado felizmente y sin traumatismos uno de los mayores obstáculos entre los que asaltan a quienes escogen la vía mística. Ya no hay "imaginación, ni memoria, ni entendimiento, que puedan impedir este bien".

"Y osaré afirmar —continúa Santa Teresa— que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio, ni hacer ningún daño, porque está Su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que no osará llegar (el demonio) ni aún debe de entender este secreto".

La Madre no oculta su júbilo al reflexionar en que, "si es cierto como dicen que el diablo no entiende nuestro pensamiento... menos entenderá cosa tan secreta que aún no la fía Dios



de nuestro pensamiento”, frase sencilla en apariencia pero equivalente a una reflexión hondísima sobre lo que encierra la mística.

Los vientos se enrarecen todavía más para el alma. Ha quedado sola en la presencia de Dios y no puede expresar lo que siente, aunque la felicidad conquistada se halla “sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos, y más... Fija Dios a sí mismo en lo interior de aquella alma de manera que, cuando torna en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella. Con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo”.

Por suerte la santa nos facilita en seguida una noción que, aunque quizá vaga todavía, alcanza sin embargo a pintar lo que sucede. ¿Se vale tal vez para ello de alguna aparición ultraterrena? No. A quienes acude para ejemplificar el momento más sublime de la unión, es a insignificantes y modestas criaturas: los gusanos de seda. “...con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados, a dónde se encierran; y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposa blanca muy graciosa”.

(Al leer lo anterior cruza el pensamiento de que seguramente el día de la Creación, cuando el primer gusano de seda se convirtió en mariposa, el Señor tuvo presente el instante en que su hija Teresa, en el convento de San José de Avila, le daría gracias por haberla provisto, merced a un fenómeno admirable de la naturaleza, del símil exacto sobre la transformación a lo divino del alma).

El infinito favor consistente en estar, como dice la carmelita, “un poquito metida en la grandeza de Dios”, sin abandonar esta vida, dura como media hora y causa el sueño de los sentidos y potencias. Al cesar, la mariposita blanca queda desasosegada pues “no sabe adonde posar y hacer su asiento, que como lo ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra la desconcierta, en especial cuando son muchas las veces que le da Dios de este vino...”.

Nuevos trabajos comienzan para ella. La misma Madre se pregunta sorprendida: “¿Quién dijere tal, después de merced tan subida?”. Pero, aparte de que la mariposa no puede regresar por su propio cuenta al lugar de delicias, lo cual “...como está dicho, no es en nuestra mano, aunque más hagamos, hasta que es Dios servido”, tampoco desea retornar a las cosas del mundo. Antes por el contrario siente “un deseo de salir de él tan penoso, que si algún alivio tiene, es pensar que quiere Dios viva en este destierro”. Se ha aumentado infinitamente su dolor por los pecados ajenos. Escribe la santa: “el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco (ella misma), de ver ofender a Nuestro Señor, (es) tan insufriero que se quiere mucho más morir que sufrirlo...”.

Si alguien ha paladeado una gracia semejante, lo lógico sería que no descansara hasta volver a disfrutarla. Nuestra guía lo da a entender así en las páginas que anteceden. Sin embargo, a ella misma le ocurrió abandonar la oración cuando había gozado nada menos que las maravillas de la quinta morada. Así lo confiesa en *El Castillo interior*.

En la *Historia* de su vida relata también prolijamente su renuncia, y sabemos que la lloró con lágrimas de sangre durante el resto de su existencia, pero es al enterarnos de cuál era el grado de su gloria espiritual cuando medimos cuánto despreció en su transitorio abandono.

Constituye un alivio para nuestras inconsecuencias comprobar que Santa Teresa era una criatura de nuestra misma endeble raza. No obstante su deserción, la honradez innata que la caracterizaba la indujo a continuar excitando a sus hermanas para que buscaran el Sumo Bien en la oración. Más tarde el Señor “le tornó a dar luz”.

El último capítulo correspondiente a la quinta morada es notable porque la autora imparte nuevas y estupendas enseñanzas sobre que la gracia de las gracias y la más deseable no reside en los estremecimientos del éxtasis sino en la unión con la voluntad divina.

Claro que, aunque muchos afirman con los labios que la practican, de allí a hacerlo de veras media gran distancia. Pues la voluntad de Dios no consiste en nada distinto a que seamos



perfectos. Las hipocresías con que al respecto nos engañamos desfilan por este trozo de la Madre Teresa:

“No penséis que está la cosa en, si se muere mi padre o un hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios, que no lo sienta, y si hay trabajos y enfermedades sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción; porque no podemos más y hacemos de la necesidad virtud. Cuántas cosas de éstas hacían los filósofos... Acá, solo estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección hacemos su voluntad...”.

A quienes disculpan su desganaada resignación con un “¡Es la voluntad de Dios!”, no sobraría recordarles en qué consiste de veras ésta.

(De paso se anota: ¿No es posible deducir del trozo anterior que Santa Teresa debió leer, a más de las novelas de caballería de su adolescencia, a algunos filósofos estoicos, quizá a Séneca y Marco Aurelio?).

Todavía falta sin embargo despejar algunas particularidades del precepto del amor al prójimo, tan indeclinable en la teoría como sembrado de asperezas en la práctica.

A fin de ayudarnos a realizarlo, la Madre por excelencia discurre dos medios: el primero, aceptar ante todo que el amor al semejante no puede brotar sino “de la raíz del amor de Dios”. Si no es así, por más que se proclame no resistirá las pruebas a que diariamente lo sometemos nosotros y nuestros hermanos, “según es malo nuestro natural”. Por eso el mandamiento supremo junta en uno solo los dos amores.

Lo segundo consiste en una regla de procedimiento. Es más conveniente no totalizar desde el primer momento la ardua cuestión, aseverando que practicamos la entrega completa a nuestros prójimos. Resulta preferible ir con tiempo (y ajustarnos más a la verdad), empezando por “las cosas más menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, porque aunque en la oración nos parezca que seremos capaces de hacer y acontecer por los prójimos, ...y por sola una alma que se salve... si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos”.

Quizá en esa forma se obtendrán algunos logros aunque sean modestos. Y es posible que un día, de pronto, nos despierte la buena noticia de que observamos realmente con nuestros semejantes la actitud de auténtica benevolencia.

La cual será aceptada siempre y cuando que —como en el caso del desprendimiento de los bienes terrenales— la llevemos a cabo sin incurrir en vanagloria. En esta materia es preciso citar íntegra a Santa Teresa:

“Yo gusto algunas veces de ver unas almas —escribe no sin ironía— que, cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen, que si no la han hecho y se la cargan, ¡Dios nos libre!”.

Esas son las que ella califica de “...muy encapotadas... que parece no se osan bullir y menos el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido...”. Y termina: “Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te de nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella”.

*Moradas sextas.* EN ESTAS MORADAS “...el alma ya queda herida del amor del Esposo, y procura más lugar para estar sola, y quitar todo lo que puede, conforme a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar... mas el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga el desposorio, que aún quiere que lo desée más...”.

Son palabras sentidas y escritas en puro lenguaje amoroso, comparable al de San Juan de la Cruz. No obstante, en la sexta morada se experimentan todavía los rigores de vivir en el mundo y hasta parece que más que nunca, como si la intensidad del contraste entre las dos esferas, la celestial y la terrena, —que se exploran simultáneamente— se agudizara y acabara por destrozar el alma. La santa advierte: “Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, aunque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera o de otra, las almas que ha tiempo gozan tan de veras de cosas del cielo”.

Algunos sufrimientos provienen de las críticas de quienes nos rodean y aún de las personas que uno no trata y que “...en su vida le pareció se podían acordar de ella: “que se hace la



santa”, y “que hace extremos para engañar al mundo, y para hacer a los otros ruines”, “que son mejores cristianos sin esas ceremonias... Los que tenía por amigos se apartan de ella, y son los que le dan mejor bocado...”.

La Madre llegó al extremo de temer que “no había de haber quien la confesase, según andaban las cosas”. Obviamente padeció “...un tormento intolerable, al menos en los principios, que después no tanto... porque la experiencia le hace claro ver que tan pronto dicen bien como mal, y así no hace más caso de lo uno que de lo otro”.

El resto del texto se parece tanto a una conversación sabrosa para poner el dedo sobre la llaga en muchos aspectos de la conducta humana y, a la vez, descorrer velos en lo concerniente a las delicadezas extraordinarias del amor de los amores, que resultaría imperdonable omitirlo.

Ya se encuentra nuestra autora en un punto en que, si recibe elogios, “...le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa es buena suya, sino dada de Su Majestad y como si la viese en tercera persona... si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios le hace, piensa que tomó Su Majestad este medio de que la tuviesen por buena no siéndolo, para que a ellos les viniese bien...”. “Como tiene más delante la honra y gloria de Dios que la suya, quítase una tentación que da a los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruirla”.

En los casos de difamación “...dásele poco de ser deshonrada, a trueque de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio, después venga como viniere”. Oye las críticas “como una música muy suave”, y hasta le parece “...que no ofenden a Dios los que la persiguen; antes que lo permite Su Majestad para gran ganancia suya; y como la siente claramente, tómales (a los perseguidores) un amor particular muy tierno, que le parece aquellos son más amigos, y que le dan más a ganar, que los que dicen bien”.

Por desgracia los iniciados no solo no se hallan libres de quebrantos físicos sino que, según se desprende del texto tereciano, les toca soportarlos en mayor grado. Naturalmente “es muy mayor trabajo —escribir la carmelita— en especial cuando son dolores agudos, que en parte si ellos son recios, me pa-



rece el mayor que hay en la tierra, digo exterior, aunque entren cuantos quisieren... Porque descompone lo interior y exterior de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí, y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto que estos dolores...". Claro que Dios no manda más de lo que se puede sufrir, y otorga primero la paciencia, como lo garantiza Santa Teresa.

Los padecimientos físicos resultan de poca monta, sin embargo, en comparación con los espirituales. Porque, hay que decirlo, en la sexta morada, antesala de la séptima, la de la felicidad suprema, se ciernen sobre el alma extenuada la desolación y el abatimiento de la noche oscura. Es impresionante la descripción que nos da Santa Teresa:

"...son muchas las cosas que la combaten (al alma) con un apretamiento interior, de manera tan sensible e intolerable que no sé a qué se pueda comparar, sino a los que (se) padecen en el infierno; porque ningún consuelo se admite en esta tempestad...".

Infierno... Tempestad... Los términos aterradores se conjugan sin asombro en la noche oscura. Aún los colosos que son los santos los padecen y tiemblan.

Los amigos poco o nada ayudan en esta prueba. Inclusive causan gran daño los consejeros officiosos y desaprensivos. Para la carmelita fueron los malos confesores "...cosa casi insufrible; en especial cuando tras estos vienen unas sequedades, que no parece se ha acordado de Dios ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de Su Majestad".

Podría pensarse que quizá la lectura —el eficaz antídoto, el seguro refugio para quien desde la infancia acudió a los libros como a un puerto— represente un alivio en esas horas. Vana esperanza. Santa Teresa dice, conmoviéndonos de nuevo por su camaradería en la vieja costumbre: "...Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que lo sabía bien leer, le acaecía no entender más de él que si no supiera letra...".

La noche cruel se asemeja, pues, a un lago de aguas tenebrosas en que el náufrago se sumerge de los pies a la cabeza, sin hallar auxilio de parte de los hombres. Únicamente queda como salvavidas la misericordia de Dios, "...que a deshora con



una palabra sola suya... lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo". La ex-víctima, "...como quien se ha escapado de una batalla peligrosa, con haber ganado la victoria, queda alabando a Nuestro Señor, que fue el que peleó para el vencimiento...".

No sobraría que los psicólogos y psiquiatras de la actualidad estudiaran este trozo en la obra original. Quienes han pasado la vida sin experimentar el acicate de la búsqueda de Dios, no escapan a la hora de tinieblas. Inclusive la soportan todavía más espesa, por lo cual les convendría un consejo práctico de nuestra autora sobre que "el mejor remedio, no digo para que se quite, que no lo hallo, sino para que se pueda sufrir, es entender en obras de caridad y exteriores". O sea: llevar una vida activa y olvidarse de sí en beneficio de los demás, como hacen algunos filántropos.

La vejez se compara también con una cerrada niebla en la que, quiéralo o no, ha de debatirse el ser humano que no muere joven. Sus síntomas se parecen a los descritos en esta parte por la santa: decaimiento físico y espiritual, depresión, sentimiento de frustración y fracaso, soledad. Afortunadamente muchos viejos son capaces de atravesar el túnel con los ojos fijos en la divina meta a la que se aproximan cada día más.

Vencidas al cabo las sombras, y ya en el ámbito incomparable de la luz, la prosa de la escritora de Avila se eleva a su mayor altura. Desea a su Esposo "...con unos impulsos tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación qué poner que cuadro". Al mismo tiempo "...siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió... Quéjase con palabras de amor, aún exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo; porque entiende que está presente... Y es harta pena aunque sabrosa y dulce, y aunque quisiera no tenerla no puede; mas esto no querría jamás. Mucho más la satisface que el embebecimiento sabroso que carece de pena, de la oración de quietud".

En la última frase se comprueba la diferencia substancial entre lo que habíamos considerado el colmo de la dicha, en la cuarta morada, inundada de paz, y la plena realización del amor, no importa cuán sujeta al aguijón del dolor aquí en la tierra.

Se palpa casi la lucha de la Esposa con las tosquedades del idioma, incapaz de expresar apropiadamente reconditeces tan especiales y elevadas: "Deshaciéndome estoy, hermanas, para daros a entender esta operación de amor, y no sé cómo... ¡Oh mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu a cuanto por acá se puede ver ni entender; pues con ninguna cosa puede declarar esta, tan pequeña para las muy grandes que obráis con las almas!".

En seguida brota de su pluma como en tantas otras ocasiones la comparación exacta: "Estaba pensando ahora si sería que este fuego del brasero escondido, que es mi Dios, soltaba alguna centella y daba en el alma... y como no era aún bastante para quemarla y él es tan deleitoso, queda con aquella pena... y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir. Porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en su ser; aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarlo el Señor, que no es cosa que se pueda procurar por ninguna vía humana".

"El es tan deleitoso... Este dolor sabroso". Los profanos suelen atribuir las ardientes expresiones a la espléndida fantasía de la carmelita, si no es que las adjudican a inclinación morbosa exaltada por la vía equívoca del dolor. Pero hasta en el enamoramiento más natural del hombre y la mujer, existen puntos de contacto con las manifestaciones teresianas respecto al amor místico, como si se tratara del mismo sentimiento en grados distintos. Bastaría recordar el cantar popular: "Aguda espina dorada, / quién te volviera a sentir / en el corazón clavada".

La seguridad de no ser juguete del demonio quien felizmente habita la sexta morada, se obtiene por las siguientes razones:

"La primera, porque jamás el demonio puede dar pena sabrosa como ésta. Podrá él dar... sabor y deleite que parezca espiritual; mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad; que todos sus poderes están por las afueras, y sus penas, cuando él las da, no son a mi parecer jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma".



No terminan aquí las probanzas suministradas por la acuciosa solicitud de la santa: "El no ser antojo está muy claro, porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello". Tampoco se puede dudar de si se experimenta o no "porque así se da a sentir, como a los oídos una gran voz", descartándose desde luego que sea obsesión mental "porque la melancolía ni hace ni fabrica sus antojos sino en la imaginación; estotro procede de lo interior del alma".

El transporte puede ocurrir en el momento más inesperado. En algunas ocasiones "...a deshora, estando rezando vocalmente y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande que se comunica por todos los sentidos (no digo que es olor sino pongo esta comparación)... solo para dar a sentir que está allí el Esposo...".

En una novela colombiana contemporánea y muy famosa, la enamorada adivina la presencia del amado porque cuando éste se acerca, aún antes de que ella alcance físicamente a divisarlo, el aire palpita con el aletear de una bandada de mariposas amarillas. Para Santa Teresa, la llegada repentina del Señor a su alma es "como si de pronto viniese un olor". En ambos casos el signo solo es perceptible para el espíritu amoroso.

A fin de desbaratar cualquier objeción sobre la realidad del estado de unión, la carmelita no se conforma aún con las anteriores explicaciones. Agrega nuevas pruebas o señales, como éstas:

"...la primera y más verdadera es el poderío y señorío que traen consigo, que es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y oscuridad del entendimiento y sequedad; con una palabra de estas que diga solamente: "no tengas pena", queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz...". "La segunda razón, una gran quietud que queda en el alma...". "La tercera señal es no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos, digo que oímos de los hombres...".

La Madre añade que el alma no se jacta de estos favores, sino que antes bien adquiere mayor certidumbre sobre no haberlos merecido nunca. Igualmente cita la actitud de algunos



que no van por este camino, quienes aconsejan “no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que no se admitan”, procurando en esa forma librarse de los peligros que los acechan y que no disimula Santa Teresa.

Pero, cuando se manifiesta la voz de Dios —asegura ella— resulta imposible dejar de oírla ya que “el mismo espíritu que habla hace pasar todos los otros pensamientos y advertir a lo que se dice”. O sea que, una vez en el interior del sexto recinto, el alma enamorada pierde el dominio de sí. En el grado anterior todavía le era permitido decir “no”, como aconteció a nuestra guía durante el retroceso de su vida mística que consideramos atrás. Pero en este momento Dios se presenta como un remolino que atrae irresistiblemente el alma y la consume.

El objeto de estas y otras muchas cosas —continúa enseñando la Madre— no es otro que fortalecer a la persona de manera que pierda el miedo. Porque Santa Teresa insiste sobre el valor que se necesita para dar el último paso. “. . . Os reiréis de que digo esto, y os parecerá desatino. . . yo os digo que es menester más de lo que pensáis, porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto que si no le diese Dios. . . será imposible”.

Al adentrarnos más en la sexta morada y meditar en sus misterios se comprende la razón de las prevenciones anteriores. Si para aspirar a lo mejor dentro de la escala humana se requiere sin duda el temple heroico que no suele abundar, ¿qué *arrestos* no exigirá meterse en un ámbito desmedido, inefable?

Nunca palabras diferentes a las empleadas por la santa pueden atreverse a sustituir las suyas, en el capítulo que trata de “cuando suspende Dios el alma en la oración con arrobamiento, o éxtasis, o raptó, que todo es uno a mi parecer. . .”:

“Una manera hay que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra, que se acordó u oye de Dios, parece que Su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave Fénix, queda renovada, y piadosamente se puede creer, perdonadas sus culpas, háse de entender con la disposición y medio que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña.



Y así, limpia, la junta consigo, sin entender aún aquí nadie sino ellos dos, ni aún la misma alma entiende... aunque no es como a quien toma un desmayo o paroxismo...".

(No pertenecería Santa Teresa al siglo de oro si no fuera el ave Fénix figura familiar a su pluma, como igualmente lo era por ejemplo en el Parnaso español a la de Quevedo).

Y continúa:

"Lo que yo entiendo en este caso es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de Su Majestad. Parecerá imposible, porque si las potencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que entiende este secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Criador...".

En esta parte tan intrincada, la carmelita aumenta sus esfuerzos a fin de explicar lo que ella misma no comprende, aunque sabe con absoluta certeza que es así:

"Pues diréisme: si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas que ahí da el Señor al alma, ¿qué provecho le traen? ¡Oh hijas! Que es tan grande que no se puede encarecer porque, aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan... que cuando no tuviere fe que le dice quien es y que está obligada a creerle por Dios, le adorara desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vio la escala... No sé si atino en lo que digo, porque, aunque lo he oído, no sé si me acuerdo bien".

(La última aclaración, formulada en el estilo peculiar de la monja, proviene de que sobre ella, como sobre los demás católicos de su tiempo, sujetos a las restricciones de la Contrarreforma, pesaba la prohibición de leer directamente la Biblia).

Sigue diciendo:

"Ni tampoco Moisés supo decir todo lo que vio en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese. Mas si no mostrara Dios a su alma *secretos con certidumbre*, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos, mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel...".

“Secretos con certidumbre”, oración nominativa que constituye hallazgo del manejo del idioma y del deseo de comunicarse, es la feliz expresión que por fin encuentra la escritora para referirse al misterio de las relaciones de Dios con sus amigos terrenales. Sin embargo, no satisfecha todavía apela al campo en que es maestra, el de sus inimitables metáforas:

“...creo que no la hay que cuadre, mas digamos esta: entráis en un aposento de un rey o gran señor, creo camarín los llaman, adonde tienen infinitos géneros de vidrios y barros y muchas cosas, puestas por tal orden que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron a una pieza de estas en casa de la duquesa de Alba (adonde, viniendo de camino, me mandó la obediencia entrar, por haberlos importunado esta señora, que me quedé espantada en entrando, y consideraba de que podría aprovechar aquella barahunda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de ver tanta diferencia de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me ha aprovechado para aquí); y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de que hechura eran, mas por junto acuérdase que lo vio. Así acá... después torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vio; mas no puede decir ninguna...”.

(Ciertamente que podíamos esperarlo todo de Las Moradas, menos un documento de época, con la descripción de los salones de una mansión señorial, realizada con tal propiedad que suministra datos interesantes sobre la riqueza de las colecciones de los duques de Alba, compuestas especialmente de cristales y cerámica, dispuestos con tanto acierto que el visitante podía apreciarlos al primer golpe de vista).

Al revivir los momentos únicos que ha gozado en la sexta morada, la santa apostrofa vehementemente: “¡Oh hermanas mías! Que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer, por un Dios que así se quiere comunicar a un gusano!”. A su pluma acuden entonces palabras terribles: “...con razón serán malditos quienes no quisieren aprovecharse de ella (de la misericordia) y perdieren a este Señor”, con lo cual quizá alude más a los cristianos tibios que desprecian la escala de Jacob, no ignorándola, que a quienes jamás han sospechado siquiera su existencia.



Las manifestaciones físicas del éxtasis consisten en que: "...en ninguna manera puede hablar; aunque otras veces todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio... porque, quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí y alienta, para tornarse a morir, y dar mayor vida al alma, y con todo, no dura mucho este gran éxtasis..."

El anhelo intenso de penitencia caracteriza a quienes han pasado por este trance: "...porque con la fuerza del amor se siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor, es fácil..."

En seguida la Madre nos revela una reacción personal suya, que demuestra cómo, aún en los arrebatos más profundos y sublimes del éxtasis no se debilitan los rasgos propios de cada uno:

"Cuando esta merced les hace (a las almas) en secreto, tiénela por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar qué pensarán los que lo han visto. Porque conocen la malicia del mundo y entienden que no lo echarán por ventura a lo que es, sino que, por lo que habían de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios..."

Como la santa jamás olvida montar guardia para huir de lo que más teme, el autoengaño, se ve obligada a añadir: "En alguna manera me parece esta pena y corrimiento falta de humildad... porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da?"

Si uno a su vez se pregunta el motivo por el cual otorga Dios en público un favor tan exclusivo, puede acudir igualmente a la autora, quien explica: "Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que aquella alma es ya suya, que no ha de tocar nadie en ella".

Algunas veces el rapto es como una ola impetuosa. Nada recuerda entonces la suavidad y mansedumbre de los primeros tiempos, cuando el alma se henchía como sin sentirlo. (Hoy el



verbo "henchir" no se usa generalmente con la acepción del siglo de oro; en cambio utilizamos "llenar", pero el primer vocablo, tal como lo empleaba la santa, suena más expresivo e ingrávido que el segundo). Se trata de "un movimiento tan acelerado... que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone hartó temor, en especial a los principios...". La Madre interroga: "Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en su sentido y verse arrebatado el alma?". Como ya lo ha explicado, oponerse resulta inútil. Si se intenta, "...con más impetuoso movimiento es arrebatada..." (el alma).

Es aquí donde Santa Teresa relata, sin nombrarse, cómo un día que oraba muy afligida ante un Crucifijo, "considerando que nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por El, díjole el mismo Crucificado, consolándola, que El le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su pasión, que los tuviera por propios, para ofrecer a su Padre". Al decir que "...nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por El, la santa olvida su separación de la casa paterna, lo mismo que de las muchas alegrías mundanas que se ofrecían a su juventud. Como los demás santos, atribuye al despojo un escaso valor relativo, ante la magnitud absoluta de Cristo.

En este vuelo (varias veces ha manifestado su ignorancia de un término mejor para designarlo), "...parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra a donde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel, para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo adonde ha de ir a descansar".

Pero el alma divinizada sigue a pesar de todo sujeta a las trabas y tormentos de la tierra.

La carmelita, a quien se ha criticado por no ser gran poeta en verso, lo es sin duda en la prosa, cuando escribe: "¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas cadenas, que no te dejan volar lo que querrías!". Porque ocurre que: "...algunas veces se siente el alma cobarde, y en las cosas más bajas, y atemorizada y con tan poco ánimo que no le parece posible para cosa". Es cuando el Señor la deja "en su natural, para mucho mayor bien suyo; porque ve entonces que, si para algo lo ha tenido, ha sido dado de Su Majestad".

La Madre no se olvida de poner en guardia especialmente a las "personas tiernas, que por cada cosita lloran", a quienes



“...pretende el demonio aquí que enflaquezcan de manera que después ni pueden tener oración ni guardar su Regla”. Nunca se cansa de repetir que la mejor conducta consiste en ponerse delante del Señor, y mirar su misericordia y grandeza y nuestra miseria, “...y dénos El lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad; El sabe mejor lo que nos conviene. Y con esto andaremos descansadas, y el demonio no tendrá tanto lugar de hacernos trampantojos”.

Sigue esta parte admirable de las sextas moradas:

“Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da Nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña... Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es, a mi parecer, una unión grande de las potencias, sino que las deja Nuestro Señor con libertad para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mismo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es un gozo tan excesivo del alma, que no querría gozarlo a solas, sino decirlo a todos, para que la ayuden a alabar a Nuestro Señor... Y acaece durar un día y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos...”.

El dolor por los pecados cometidos crece a medida que nos aproximamos a la séptima morada, pero entonces, como afirma la santa, el alma “...no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fue tan ingrata a quien tanto debe, y a quien tanto merece ser servido...”, palabras que le inspiran otra rendida declaración de amor:

“Yo sé de una persona que, dejando de querer morir por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre, y había de deber; y así no le parecía podían llegar maldades de ninguno a las suyas”. (Es decir, que por haber recibido tan infinitas muestras del amor de Dios, resultaban mayores sus pecados más leves que los cometidos por los peores renegados). Las almas privilegiadas, según la carmelita, “...en lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen”.

Algunos místicos opinan que “quien goza de cosas tan altas no tendrá meditación en los misterios de la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará todo en amor”. Inclusive la santa había recibido informaciones acucio-



sas sobre que, cuando se ha avanzado bastante en la vida de oración, “es mejor tratar en cosas de la Divinidad y huir de las corpóreas”. Nada de eso sin embargo la convenció. Sabiamente pensaba que: “...apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal”. Con su buen sentido ordinario agrega que quienes “no pueden pensar en la Pasión, pues menos podrán en la Sacratísima Virgen, ni en la vida de los santos”. Si no se acude al guía supremo, a Jesucristo, no se acertará en el camino de las dos postreras moradas, concluye.

Pero es cierto que quienes han probado las mieles de la contemplación perfecta no desean retornar al alimento un tanto insípido de la meditación común. El alma, como lo expresa la carmelita, está “...deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa...”. Con todo, “muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad”. A fin de agotar el tema de la oposición (aparente) entre la meditación ordinaria y la contemplación perfecta, Santa Teresa lo analiza del siguiente modo:

“...comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios de darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida...”. Este es el trabajo que, aunque muy meritorio, no podrá realizar frecuentemente “...quien ha llegado a llevarla Dios a cosas sobrenaturales y a perfecta contemplación”, lo cual no significa ni mucho menos perder la noción de esos misterios sino entenderlos mejor aún.

Ningún maestro de la contemplación ha tocado este aspecto con más penetración que la doctora de Avila.

Sea esta la ocasión de destacar nuevamente lo que, para los hablantes en español, representa poder leerla. Si los extranjeros encuentran difícil a San Juan de la Cruz (recuérdese por ejemplo lo consignado por el P. Alex Rewuiski O.P. en el libro *Tras el cristal invisible*, escrito con la suficiente espontaneidad como para servir de pauta, donde se exalta al santo doctor carmelita no obstante “su estilo del siglo XVI español, su volubilidad, su poesía (!), y, me atrevería a decir, su manierismo”), ¿qué pensar de Santa Teresa? La mayoría de sus términos, su sabor, su gracia, permanecen sencillamente intraducibles.



Al contemplativo, según afirma la Madre, cuando el entendimiento le presenta los misterios de la vida de Cristo, “estám-pase en la memoria de manera, que de solo ver al Señor caído con aquel espantoso dolor en el huerto, aquello le basta para no solo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena; luego acude la voluntad, *aunque no sea con ternura*, a desear servir en algo tan gran merced, y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y cree que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, *y esto le hace parecer que no puede pensar en ella*”.

La cita ha sido extensa pero indispensable para despejar cualquier duda. Por las repercusiones, pues, que para el rendido amator trae el menor recuerdo de su Dios, no juzga como su ruta en la oración todo el conjunto del relato evangélico. (Esa renuencia constituiría una buena pista para averiguar si ha entrado o no en la sexta morada). El problema se reduce como siempre a la validez de las razones del corazón, en contraposición a las que suelen estipularse escuetamente en un manual. La advertencia “aunque no sea con ternura” se refiere a las inexplicables frialdades en que hasta el mayor enamorado puede incurrir de pronto, sin perjuicio de incendiarse a continuación.

Entramos en una de las partes de Las Moradas en que se escudriña con mayor detalle cada movimiento en la oración. La Madre Teresa los describe como un buen novelista empeñado en seguir al dedillo las distintas reacciones de sus personajes, que aquí se llaman las potencias del alma.

En el punto tan complejo de las visiones se distinguen las corporales, las imaginarias y las intelectuales. Las últimas se presentan “estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced ni haber jamás pensado merecerla”. Entonces “...siente cabe sí a Jesucristo, Nuestro Señor, aunque no lo ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma... Y aunque, a mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, ésta trae consigo un particular conocimiento de Dios...”.

La visión intelectual puede durar “...muchos días, y aún más de un año alguna vez”, afirmación que envuelve un dato personal para comprobar que, en el caso de la carmelita, se realizó ese envidiable portento, el cual, al desvanecerse por fin,



deja "...con mucha soledad; mas todas las diligencias posibles que pusiese para tornar a tener aquella compañía, aprovechan poco; que lo da el Señor cuando quiere y no se puede adquirir".

En cuanto a las visiones imaginarias, a la Madre le parecen las más provechosas "porque son las más conformes a nuestro natural, aunque en ellas es más fácil que se meta el demonio". Suelen pasar muy pronto porque no es posible "estar mirando al sol". A pesar de su denominación no hay que confundirlas con las de algunos que van ellos mismos "...componiendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efecto, sino que se quedan fríos, mucho más que si viesen una imagen devota... y así se olvida mucho más que cosa soñada".

Ellos mismos van componiendo "lo que ven con la imaginación". Qué fino y cabal juicio en pocas palabras que a nadie ofenden. En cuanto a la tendencia hacia lo figurativo, notoria en las visiones de esta clase, se explicaba obviamente en la época de Santa Teresa. En la nuestra, la dirección espiritual ha variado, encaminándose ahora más hacia lo simbólico y abstracto.

Sobre las llamadas "visiones corporales" —las que se aprecian con los ojos físicos— la santa carmelita se calla "...porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay experiencia, mal se puede dar razón cierta".

En el catálogo de las visiones figuran otras "más subidas y menos peligrosas; porque el demonio no las podrá contrahacer...". Se trata de una especie de suspensión, de la que sin embargo participan los sentidos, "...adonde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios... Y es de gran provecho, porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpido y hace grandísima confusión, y vése más claro la maldad cuando ofendemos a Dios, porque en el mismo Dios, digo, estando dentro de El, hacemos grandes maldades...".

En seguida se da cuenta Santa Teresa de la necesidad de aclarar el último pensamiento, en verdad grave, ya que aún los mayores filósofos, al estudiar el problema del mal en toda su extensión, su pavor, sus ramificaciones, no llegan al extremo de mirarlo como una lepra que nosotros provocamos por así decirlo "en el mismo Dios".



La doctora de Avila analiza la turbadora y dolorosa realidad, echando mano como de costumbre a los símiles y equivalencias:

“Hagamos ahora cuenta que es Dios como una morada o palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No, por cierto; sino que dentro en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacemos los pecadores. Oh cosa temerosa y digna de gran consideración y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades...”.

En este punto, la referencia a la verdad la empuja a anotar:

“...acuérdaseme de Pilato, lo mucho que preguntaba a Nuestro Señor cuando en su Pasión le dijo qué era verdad, y lo poco que entendemos acá de esta suma Verdad”.

El gran místico no se limita a bordear una zona misteriosa. Ha de tocar fondo y entregar al regreso de su inmersión la prueba evidente de la hondura alcanzada. Santa Teresa no se conforma con aconsejar que andemos en la verdad “delante de Dios y de las gentes”. En una ocasión en que se interesaba por averiguar la razón debido a la cual era Nuestro Señor tan amigo de la virtud de la humildad “púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad...”. Podríamos añadir que si la humildad es andar en verdad, ésta se conquista cuando se anda en humildad.

Nuestra doctora suministra en estas mismas páginas la clave de su insistente apelación a las metáforas. Se debe, dice, a que, de no ser por éstas, aunque oímos muchas veces la verdad “...o no reparamos en ello, o no lo queremos entender...”. O sea que son las imágenes las dueñas del poder de golpear la imaginación para grabarle lo que conviene no olvidar jamás.

Véamos ahora, en las propias palabras de la Madre Teresa y en el último capítulo de las sextas moradas, cómo se cumplió el misterio de la Transverberación, tan discutido y calumniado inclusive por quienes se declaran partidarios de la monja de Avila:



“Pues... acaece muchas veces por un pensamiento ligero, o por una palabra que oye de que se tarde el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde ni cómo) un golpe, o como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea, se ve claro que no podría proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe; mas agudamente hiere. Y no es donde se sienten acá las penas, a mi parecer, sino en lo muy hondo e íntimo del alma, adonde este rayo, que de pronto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvo...”.

Todavía añade algo más sobre la situación en esos momentos del rendido amador:

“...Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no le hace compañía, ni creo que se la harían los del cielo, como no fuese el que ama, vése como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra ni al cielo puede subir; abrazada con esta sed y no puede llegar al agua. Y no sed que puede sufrir, sino ya en tal término, que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no es con la que dijo Nuestro Señor a la Samaritana...”.

Finalmente la monja suscribe su célebre exclamación: “¡Oh, válgame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores!”. Para concluir con que: “...si es purificar esta alma para que entre en la séptima morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en el mar...”.

*Moradas séptimas* EN LA INTRODUCCION a la séptima morada nos incita Santa Teresa a investigar los dones de Dios “...para que mientras más supiéramos que se comunica con las criaturas, más alabemos su grandeza y nos esforcemos a no tener en poco almas con que tanto se deleita su Señor”, nuevo testimonio del tierno afán de la Madre a fin de colmarse de motivos para enaltecer el destino extraordinario a que está llamado el género humano.

En seguida se disculpa por lo que más adelante va a decir:

“...Y es verdad, que he estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada; porque me parece que han de pensar, que yo lo sé por experien-



cia, y háceme grandísima vergüenza, porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte me ha parecido que es tentación y flaqueza, aunque más juicios de éstos me echéis. Sea Dios alabado y entendido un poquito más, y gríteme todo el mundo; tanto más, que estaré yo quizá muerta cuando se viniere a ver”.

Si no hay que cansarse de subrayar que constituye para nosotros una suerte pertenecer como Santa Teresa al ámbito del español, también debe celebrarse que, mujer ciento por ciento, en sus escritos le sea imposible despersonalizarse. Por eso la sentimos viva y cálida al cabo de cuatrocientos años.

A continuación entra en materia:

“Cuando Nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma, que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual métela en su morada que es esta séptima, porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, adonde sola Su Majestad more y digamos otro cielo”.

Sigue con la descripción de lo que allá sucede:

“...se le comunican todas las tres Personas y le hablan, y le dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor, que vendrían El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que lo ama y guarda sus mandamientos...”.

(Por si acaso algunos se extrañan, tan lejanos como estamos del siglo de los místicos, no sobra copiar dos líneas del filósofo existencialista colombiano Fernando González, en una de sus obras: “...¿Quién fue el Salvador? Jesucristo. ¿Quién es Jesucristo? Es la Intimidad o Padre, manifestada al hombre por el Espíritu Santo”).

Podría suponerse que en medio de tanta beatitud se borran los sinsabores e inconvenientes de esta vida. Pero naturalmente no es así. Quien ya merece el título de bienaventurado, no obstante su familiaridad con otra dimensión sin orillas, adquiere todavía mayor conciencia del valor del tiempo. Por tanto quiere aprovecharlo “mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios”. Entonces, como marca inevitable de la existencia temporal, el dolor no se calma. Aquella presencia trinitaria, manifestada tan entera y nítidamente la primera vez “y otras algunas que Dios quiere hacerle este regalo”, en lo sucesivo “no



es con esta tan clara luz". De ser de ese modo, estas almas no sabrían ni "...aún vivir entre la gente", como opina Santa Teresa.

Aunque la explicación es rigurosa, la carmelita dispone de otro de sus símbolos para completar la noción de cómo, suavizada por las necesidades de la vida la percepción absoluta de la Divinidad, se conserva intacta sin embargo en su realidad plena. Ocurre pues como si una persona entrara "...en una muy clara pieza con otras y cerrasen las ventanas, y se quedase a oscuras, no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí...".

Hay que recurrir al mismo procedimiento para dilucidar la diferencia entre la unión, tal como se considera en las anteriores estancias, y el milagro más extraordinario o matrimonio espiritual. En este caso la autora suministra no una sino cuatro comparaciones:

"...Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo que toda la luz fuese una, o que el pabilo y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar una vela de la otra, y quedar en dos velas, o el pabilo de la cera. Acá (en el matrimonio espiritual) es como si cayera agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir o apartar cuál es el agua del río, o la que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en el mar... o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entre dividida, se hace todo una luz...".

No quiere significar Santa Teresa, como ella misma lo advierte, que quien ha recibido la merced del matrimonio espiritual posea garantía sobre su salvación eterna. La Madre, transcurridos años desde que alababa a Dios en la séptima morada, sentía "...mucho más temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa a Dios... y todo le debe venir de la raíz a donde está plantada; que así como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas está más fresco y da más fruto, qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos".

No obstante, es innegable el contraste entre la paz permanente tal como ha quedado descrita, y lo que sucede con las po-



tencias, sentidos y aún pasiones que no solo no duermen como se hubiera podido esperar, sino que siguen padeciendo tiempos "de guerras y de trabajos y fatigas". La santa comprende perfectamente lo que cuesta aceptar aquí su proposición porque "...decir que hay trabajos y penas y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa". Pero como no nos está refiriendo un cuento rosa sino una experiencia que no puede dissociarse de las condiciones inherentes al ser humano, ha de repetirnos que mientras hay vida no cesa la lucha. Desde luego, no lo estampa escuetamente sino a su manera:

"Está el Rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto; así acá, aunque en estotras moradas anden muchas barahundas y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, nadie entra en aquella, que le haga quitar de allí; ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que le alboroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas".

También la figura aclaratoria de la pasmosa convivencia de los dos contrarios, la paz y la guerra, puede consistir en un dolor en "...todo el cuerpo; mas si la cabeza está sana no porque duela el cuerpo dolerá la cabeza".

Por nuestra parte podríamos concluir que la paz de la séptima morada es vibrante y combativa, no descarnada ni inhumana como la adquirida a fuerza de disciplina y no de gracia sobrenatural, en el nirvana del budismo, tan parecido a la indiferencia absoluta.

En la terminación del texto sobre el más elevado conocimiento que, por la gracia de que se halla revestida se asemeja al efusivo comentario de una confianza formulada a una amiga, Santa Teresa nos entrega con su palabra su persona. Dice: "...Riéndome estoy de estas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras. Pensad lo que quisiéreis; ello es verdad lo que he dicho".

Como siempre, los frutos cosechados otorgan la prueba definitiva de la verdad. Según la Madre, "...a lo que puedo entender son los que diré: el primero, un olvido de sí, que verdaderamente ya no es, como queda dicho; porque todo está de



tal manera, que no se conoce, ni se acuerda que para ella han de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios...

“Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que la inquiete, como solía...”

“Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que les hacen mal o desean hacer...”

Sigue la revelación un tanto sorpresiva de un secreto de la autora del famoso poema: “Vivo sin vivir en mí, / y tan alta vida espero / que muero porque no muero”. Cuando lo compuso, aún no había culminado seguramente su viaje en dirección a la séptima morada, ya que, en la estancia nupcial, como nos lo confiesa ahora, las almas “no solo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca”. O sea que la gran conquista obtenida gracias a las renunciaciones, a los sufrimientos, a la penitencia, al método, no consiste de ningún modo en odio a la vida sino en amor, en su sentido más radiante y fecundo.

El último cuadro se traza con unas cuantas pinceladas. Ha llegado el momento de que en la morada séptima reine “un grandísimo silencio” (que permite escuchar la Armonía suprema). El sentimiento de soledad se ha extinguido por completo. No existe temor a la muerte “más que tendría de un suave arrobamiento”. El entendimiento ha dejado de formularse interrogantes. Lo iluminan las certidumbres que capta sin proponérselo, como por “una resquicia pequeña”. Solo rara vez entra en éxtasis, pero nunca en público como antes.

Nuestro Señor quiere sin embargo en algunas ocasiones recordar a sus amigos que aún no han partido de este valle de lágrimas y tempestades. Entonces: “se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo, para vengarse de ella por el tiempo que no la pueden haber a las manos”. Por fortuna el derrumbamiento es de corta duración. No pasa de un día o poco más. ¿Por qué la Madre no nos ahorra la noticia de esta nueva catástrofe, cuando podría creerse que se ha tocado el séptimo cielo? “...Quiere Nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde, lo uno; lo



otro, porque entienda más lo que debe a Su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe y lo alabe”.

¿Será posible todavía caer en pecado? —Se pregunta uno, sin apartar el pensamiento de quienes se dan a sí mismos el título de perfectos, y miran por encima del hombro al común de los mortales—. Santa Teresa responde que no habrá de advertencia, pues “...les debe el Señor a estas tales dar muy particular ayuda para esto. Digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan, están libres, aunque no seguras; que tendrán algunos que no entienden... Y la que se crea de vosotras con mayor seguridad en sí, ésa tema más...”.

Ahora nos entrega sus postreros avisos, dignos de grabar en letras de oro:

“¿Sabéis que es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quienes, señalados con su hierro, que es el de la cruz... los puede vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue...”

“Torno a decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y no hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aún plegue a Dios que sea solo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece...”

“Creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerlo siempre consigo, y no hacerle mal hospedaje, no dándole de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéramos alleguemos almas para que se salven y siempre lo alaben...”

“En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras, como el amor con que se hacen, y como hagamos lo que pudiéramos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más...”

Así terminan Las Moradas. ¿No es verdad que, por distantes de ellas que nos encontremos, y por escasos y fríos que seamos en la oración, nos domina la sospecha de que, verdaderamente, las relaciones de la criatura con Dios se realizan como las relata la Madre carmelita? En la memoria de cada uno permanece el insondable convencimiento de que Santa Teresa no se equivoca.